

Secretariados en todas las diócesis de España; mas, para entonces, las campañas benéficas de la organización habían ya alcanzado envergadura y resonancia importante. Desde 1951 había comenzado a servir de cauce para distribuir la Ayuda Social Americana, enviada por la *National Catholic Welfare Conference* de los Estados Unidos; las "Tómbolas" de la Caridad eran ya una atracción habitual en las fiestas locales de las principales ciudades... En el mismo año 1953, el Secretariado en cuestión pasó a llamarse sencillamente *Cáritas*, que iba enseguida a convertirse en una institución sumamente eficaz y familiar en la vida de muchos españoles.

A una primera etapa centrada sobre todo en la beneficencia, siguió en su historia una segunda fase caracterizada por una mayor preocupación prospectiva, de la que fue pieza fundamental el Centro de Estudios de Sociología Aplicada (CESA) que se constituyó en 1958 y pasó a dirigir el sociólogo Rogelio Duocastella. Se trataba, con sus palabras, de pasar de llevar a cabo una "acción benéfica" a efectuar una "acción social". Se concretaría ante todo en la elaboración, desde 1962, del llamado *Plan C.C.B.*, estructurado en seis sectores (Alimentación, Sanidad, Instrucción, Vivienda, Trabajo y Comunicación Social), un enorme esfuerzo de estudio e información con cuyo impulso se abriría *Cáritas* hacia 1970 a una tercera etapa en la que asimiló la problemática común a los apostolados seculares. Se planteaba ahora la disyuntiva de continuar con las actividades "beneficencia-asistenciales" o de buscar la "promoción social" y al cabo la "transformación de las estructuras". El dilema dividió a los militantes de *Cáritas* y requirió la intervención de la Comisión Episcopal de Acción Caritativa y Social en 1975. En este caso, sin embargo, no hubo hundimiento como lo hubo en Acción Católica, sino recuperación del pulso benéfico que había mantenido *Cáritas* desde su gestación.

## VI

Andrés VÁZQUEZ DE PRADA: *El fundador del Opus Dei*, tomo I: *¡Señor, que vea!*, Madrid, Ediciones Rialp, 1997, 638 págs.

José María GARCÍA ESCUDERO: *Mis siete vidas: de las brigadas anarquistas a juez del 23-F*, Barcelona, Planeta, 1995, 512 págs.

Juan Ignacio POVEDA: *Bartolomé Lloréns, una sed de eternidades*, Madrid, Ediciones Rialp, 1997, 203 págs.

Lourdes DÍAZ-TRECHUELO: *A la mitad del camino*, Madrid, Ed. Rialp, 1997, 157 págs.

Joseph RATZINGER: *Mi vida: Recuerdos (1927-1977)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1997, 133 págs.

La biografía del fundador del Opus Dei que ha escrito Andrés Vázquez de Prada, conocido ya en las lides historiográficas por la biografía de Tomás Moro y otra del propio Josemaría Escrivá, constituye un hito importante en la historiografía relativa al fundador de la Obra, que es ya copiosa. El autor ha empleado todo el fondo constituido para el proceso de beatificación del biografado, quien, por su parte, ya había cuidado de poner por escrito todo lo relativo a su propia vida, incluida la más estricta

intimidad, y a sus actividades de todo género. La documentación es, pues, muy rica, claro está que con las lagunas normales, sobre todo en lo que concierne a los primeros años de su vida. Pero incluso la época de su formación ha podido ser bien reconstruida, como resultado de una paciente labor de búsqueda itinerante por la geografía española, hasta el punto de que las páginas dedicadas al seminario de San Carlos, de Zaragoza, en torno a 1920 son de notable enjundia para el conocimiento de la formación de los sacerdotes en la España de aquellos años.

¿Puede considerarse ésta la biografía definitiva? Por principio, cualquier historiador, conocedor de las sorpresas que dan los hallazgos documentales, ha de decir que no. Pero, sin duda, será difícil superar el acopio que aquí se hace y la reconstrucción que se lleva a cabo de la vida del beato Josemaría.

Y vamos con memorias y con semblanzas de algunos hombres y mujeres del pasado inmediatamente posterior a ese libro. Los recuerdos de García Escudero están llenos también de enjundia, más si cabe que tantas publicaciones suyas anteriores. Pocas veces se encuentran unas memorias que reúnan la cualidad de decir muchas cosas interesantes y la de no esconder revanchismo, acritud, halagos u otras deformaciones a las que tan propensos somos los humanos y en particular los memorialistas. Las de José María García Escudero se sitúan desde luego entre las que reúnen lo dicho. Se leen bien, francamente bien; es un sinfín de personajes el que desfila por sus páginas, tratados todos con justeza, sin dritambos ni ataques, y dicen muchas cosas interesantes. El autor no empieza por referirse a las brigadas anarquistas, como podría hacer pensar el título, sino al 23-F y al juicio que siguió, en el que tuvo un papel singular por su pertenencia al cuerpo jurídico del ejército. No hay novedad en este caso, en el relato; García Escudero insiste en su escepticismo ante la existencia de una "trama civil" y narra una historia que no parece tener recovecos.

Sin dejar de serlo lo que concierne a aquel fallido golpe de estado, es más interesante a mi juicio el cuerpo mayor del libro, que se dedica a su vivencia de la cosa pública: no exactamente la política, sino la cultura política y la política cultural, a la que lo inclinaba, entre otras cosas, su pertenencia a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (o aquella inclinación le llevó a ésta, que nunca se sabe). Esa relación con la vida pública no sólo le sirvió para observar de cerca los grandes acontecimientos españoles de nuestro tiempo, sino para tomar parte activa en varios de sus campos. Sobre todo en dos: el periodismo y la política relativa a los espectáculos, especialmente el cine.

Con estos puntos de referencia, lo que se nos dice no es para resumirlo aquí. Son muchas las acotaciones que llaman la atención: el impacto de la Guerra en el talante del catolicismo español (pág. 97), la existencia de una crítica temprana del Régimen en el periodismo católico (pág. 195-8), la clara advertencia de que nuestra jerarquía eclesial tiene miedo a meterse en el campo de la cultura (pág. 425)... Y mucho más.

El hilo que enlaza todo esto estriba, claro está, en la propia vida de quien lo escribe. Y en ella se dibuja con claridad, y sin manifestaciones de arrepentimiento que no harían al caso, simplemente una evolución, expuesta paladinamente, sin ostentaciones ni falsa humildad: desde el *juscatolicismo* al *nacionalcatolicismo* y de aquí sencillamente a la democracia, cristiana si se quiere. Sin aturdirnos con su protagonismo,